

El enredijo

Debo enfocarme, no perder la calma. Pero cómo no perderla si estoy presenciando mi propio... ¿velorio? No lo puedo creer. Llevo dentro de esta caja varias horas, no sé cuántas, pero desde el momento en que recobré la conciencia y por lo que he podido escuchar han pasado alrededor de tres horas o tres días, no lo sé. No entiendo cómo llegué a este momento. Yo sólo caminaba por el estrecho camino que siempre recorro para llegar al río. No me caí, no me pegué con nada, no comí ninguna baya extraña, no hice nada diferente a lo que siempre hago.

Un momento, creo que estoy recordando. Sí, había algo diferente. Colgando de las ramas del roble viejo, el único que hay en el camino y que en la base se le formó una peculiar protuberancia que se asemeja tanto al cuerpo rugoso de un elefante y que siempre invita a sentarse sobre ese lomo a tomar un respiro; me senté como casi siempre lo hago cuando vengo de regreso, y pude ver esa maraña de ramas verdes y hojas, muy parecido a los nidos que hacen los pájaros tejedores, pero no tan prolijo. El viento lo mecía y ese movimiento de vaivén me mantuvo cautivado por minutos. De pronto esa cosa se movió bruscamente, tal vez por alguna ardilla o algún pájaro, pero provocó que el enredijo se sacudiera y un polvillo salió. Era algo hechizante, ver las partículas flotando por el aire, cambiando de color, tan brillantes. Sentí picazón en la nariz cuando penetraron, los ojos me los froté al sentir ardor, contrastando con el sabor dulce que tenían y que nunca antes habían percibido mis papilas.

Después de eso ya todos los recuerdos se vuelven confusos. Sólo escucho las voces de la gente que entra a este sitio donde me tienen. Seguramente es alguna de las capillas de los velatorios que están cerca de la casa de mi madre. No sé si es por estar aquí dentro, en esta caja, donde no se puede ver nada, pero el oído se me ha aguzado, puedo escuchar hasta el vuelo de una mosca que seguro está tratando de encontrar cómo poder meterse a algún cuerpo putrefacto, pero no, al mío no, yo no estoy muerto, necesito decírselo a alguien, que me saquen de aquí, todo ha sido una equivocación. No me puedo mover, creo que ni siquiera puedo abrir los ojos, ¿será que me los cosieron? Tampoco puedo abrir la boca, estoy luchando por despegar los labios pero los tengo rígidos, secos, pegados. La saliva la

siento espesa, pero aun me queda el sabor dulce y extraño de aquel polvo. No siento el resto del cuerpo. ¿Estaré completo? Ya no sé si sólo es cabeza lo que ahora soy. Cómo saberlo si no me puedo mover. Ésta situación me está desesperando. Quiero que me saquen de aquí. Necesito ver la luz, respirar aire limpio, aquí sólo se percibe olor a... no, no debo ni siquiera seguir pensando que estoy sin vida, eso es imposible, porque si fuera así no podría estar pensando todo esto que se me agolpa, no podría escuchar los sollozos de mi madre, tan contenida en su emoción, pero es que yo la obligué a jurarme que si llegaba a morir antes que ella, no quería que llorara, por lo menos no hasta que ya me metieran al hoyo. Pobrecita, siempre tan fuerte, cumpliendo sus promesas. Pero mamá, no estoy muerto, no debes sentir pena ni dolor. No quiero que sigas sufriendo porque aquí sigo madre, has que me saquen, que abran la caja por favor. ¡Carajo, tengo que hacer algo para que me saquen de aquí!

Siento el aire más denso, debo tranquilizarme, debo seguir pensando, debe haber alguna forma de que alguien abra la tapa, ¿qué no hay alguien aquí tan morbosos que quiera ver mi cara? ¿Dónde están mis amigos? Seguro mi novia cuando llegue si querrá verme, por lo menos para despedirse de mí porque no nos habíamos visto en casi una semana. Pero que idiota soy, aunque alguien abra esta caja ¿cómo sabrán que estoy vivo? No puedo moverme, tengo los ojos y la boca pegados, apenas y respiro. Debo concentrarme en mover algo. Maldita mente, siempre se escucha decir que la mente es potente, pero ahora que la necesito, parece ser que también me ha abandonado.

Acabo de escuchar la voz de Toña, por fin llegó, tengo la esperanza de que quiera verme, tocarme, darme un beso. Anda, acércate, no tengas miedo, después pides que te digan las razones por las que estoy acá. Sí, ya te escucho junto a mí, no llores por favor, no estoy muerto. Hasta el corazón me dio un vuelco al escucharla pedirle a mi madre que la deje verme. Acepta madre, sólo tienes que decir que sí. Sólo tengo que abrir la boca, debo hacer mi mayor esfuerzo, puedo hacerlo, debo hacerlo, porque tal vez no tenga otra oportunidad. ¡Vamos Félix, tu puedes! ¡Sí! Pude despegar un poco de la comisura de los labios, tal vez no sea mucho pero suficiente para que cuando se acerque la Toña a besarme, pueda sentir que le soplo o tal vez hasta pueda emitir algún sonido, por ligero que sea, seguro que lo escuchará porque siempre ha tenido un buen oído.

Madre, no puedes hacerme esto. ¿Porqué le dijiste que no? Te está dando sus razones y tú no le permites, no seas egoísta. Sé que no se llevaban muy bien, pero no te portes así con ella. Nunca te pedía nada y ahora que por primera vez te pide algo, se lo niegas. ¡Toña, mantente firme! No te dejes mi Toñita, por favor, sé que podrás ayudarme a salir de esto, siempre me ayudas. ¿Te estás alejando Toña? ¡No, no te vayas, no me dejes, sácame de aquí! ¡Que alguien me ayude por favor! Este encierro sí que me está matando, ya no aguanto estar aquí, me está dando mucho miedo. Grito pero nadie me escucha, ya casi no puedo respirar, no me maten, no me dejen aquí.

Me están moviendo, no me lleven por favor, ya no tengo fuerza. Escucho las voces de los que me están metiendo a la carroza, dicen que nadie sabe qué me pasó. Leen los papeles de defunción. Escucho que dijeron “causa desconocida”. ¿Entonces porqué nadie se pregunta si de verdad estoy muerto? Sigo vivo, pero todos ustedes serán los responsables de mi muerte. ¿Por qué se paró tan rápido la carroza? El panteón queda a las afueras y no hemos recorrido ni la mitad del camino. ¿Dónde estamos? Escucho silencio, se fueron, me dejaron aquí. Se acercan otra vez, que bien, reconozco sus voces. Le dicen a alguien mi nombre, y el de mi madre también. La llaman. Le dicen que tiene que esperar unas tres horas, que se vaya a sentar a una sala de espera. Me sacan de la carroza. Me llevan a un cuarto, les dicen que me dejen ahí, que en diez minutos sacan al otro y luego me toca a mí, deben aprovechar que el horno está funcionando de maravilla.

Zula Rom